

WARHAMMER
40.000

DAN ABNETT



LOS OLVIDADOS

UN ÓMBINUS DE LOS FANTASMAS DE GAUNT

timunmas



LOS FANTASMAS DE GAUNT

LOS OLVIDADOS

DAN ABNETT

timunmas

Título original: *Gaunt's Ghosts. The Lost (Omnibus Edition)*

Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

General traidor © 2005, Games Workshop Ltd.

La última orden © 2006, Games Workshop Ltd.

La armadura del desprecio © 2007, Games Workshop Ltd.

Sólo en la muerte © 2009, Games Workshop Ltd.

La estrella de hierro © 2018, Games Workshop Ltd.

Ilustración de cubierta: K.D. Stanton

Primera edición: junio de 2018

The Lost, Los olvidados, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo de The Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40.000, el logo del águila de dos cabezas y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2018 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

The Lost © Games Workshop Limited, 2018.

© De la traducción Games Workshop Limited. 2018. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0551-4

Preimpresión: gama, sl

Depósito legal: B. 11.440-2018

Impreso en España por Book Print

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

General traidor	11
La última orden	357
La armadura del desprecio	683
Sólo en la muerte	1003
La estrella de hierro	1345



Uno

Habían pasado seiscientos cuatro días desde el Día del Dolor. Era el día doscientos veintiuno del año imperial 774, cuando Gerome Landerson salió de su puesto de trabajo al sonar el cuerno de carnyx. El cuerno señalaba el cambio del turno de trabajo diurno al nocturno.

Estaba agotado, hambriento y empapado de sudor. Le dolían los brazos y la espalda de blandir el martillo. Tenía las manos tan entumecidas por los golpes repetidos una y otra vez que ya no sentía los dedos. Sin embargo, no se dirigió hacia los comedores o los baños con el resto de los trabajadores del Iconoclave, y tampoco tomó el largo camino de regreso a los habitáculos de los autorizados, que se encontraban a lo largo del río de Ciudad Ineuron.

En lugar de eso, se dirigió hacia el oeste, a través de los arcos derruidos del antiguo distrito comercial de la ciudad. Antaño, había numerosos mercadillos en aquella zona, desde los puestos diarios y baratos de comida, grano, ganado y herramientas hasta las casas comerciales con licencia que montaban sus lujosas tiendas de seda y mostraban al público las alhajas y demás joyas propias del negocio.

A Landerson siempre le había encantado el distrito comercial por su ambiente extraplanetario. Una vez compró una pequeña placa de metal con un grabado de un templo de la Eclesiarquía en Enothis tan sólo porque había llegado allí desde tan lejos. Aquellos recuerdos extraplanetarios le parecían más lejanos e inalcanzables todavía en aquellos días, aunque la misión de esa noche tuviera que ver con ello.

El distrito comercial estaba en ruinas. Lo que quedaba de la amplia

cúpula estaba ennegrecido por el humo y bastante dañado. Las hileras de casetas metálicas donde los vendedores y comerciantes se arremolinaban a diario para efectuar compras baratas estaban retorcidas y oxidadas. Unos cuantos traficantes del mercado negro se arremolinaban alrededor de los bidones de combustible encendidos y dispersos sobre el suelo cubierto de escombros. Se dedicaban a trapichear con lujos tales como médula de hueso y cubiertos doblados a cambio de monedas de racionamiento y permisos de autorización. Cada vez que había el más mínimo indicio del paso de alguna de las patrullas de excubidores en las cercanías, los traficantes desaparecían entre las sombras.

Landerson siguió caminando mientras se frotaba las manos mugrientas para calentarlas. Salió de la zona comercial por una amplia escalinata de mármol blanco. Los peldaños todavía estaban repletos de agujeros chamuscados efectuados por los disparos láser y daban a la avenida de las Espinillas. Por supuesto, ése no era su verdadero nombre, pero el yugo de la opresión había provocado la aparición de un humor muy negro entre los conquistados. Aquella había sido la avenida del Aquila, y a lo largo de ella se alineaban los pedestales de ouslita a cada lado. Sobre cada uno se había alzado la estatua de un héroe imperial. Los invasores las habían derribado todas. Ya sólo quedaban las espinillas de los muñones que se alzaban unidos a los pies de piedra, de ahí el nuevo nombre.

Los árboles de talix, altos y delgados, crecían a los lados de la avenida. Habían cortado la copa de al menos dos de ellos y colocado unas horcas de las que colgaban los lobos metálicos. No tenía sentido esquivarlos. Landerson siguió su camino intentando no mirar a los maniqués esqueléticos que colgaban de forma flácida de los árboles. Crujían y chirriaban al balancearse con la suave brisa.

La luz diurna estaba desapareciendo. El cielo, ya de por sí sombrío por la eterna capa de polvo, parecía estar a punto de quedar velado por la niebla que caería de un momento a otro. Los hornos de las fundiciones de carne situadas al oeste iluminaban con una luz del color de la pulpa de la granada. Landerson sabía que tenía que darse prisa. Su imago sólo lo autorizaba a realizar actividades diurnas.

Estaba cruzando la plaza en Tallenhall cuando olió el glifo. Apeataba como una batería descargada, un olor ionizado que mezclaba la sangre y el metal. Se acurrucó detrás de un seto demasiado crecido por falta de atención que estaba al lado de la barandilla oxidada y permaneció a la espera. El glifo apareció por la esquina septentrional de la plaza, flotando a unos ocho metros de altura como si fuese un globo, de forma lenta y

perezosa. Intentó apartar los ojos en cuanto lo localizó, pero le fue imposible. Los monogramas flotantes, resplandecientes como un anuncio de neón, le inmovilizaron la mirada. Sintió que se le revolvía el estómago ante la visión de aquellos símbolos abominables. La bilis se le subió a la boca. Oyó un castañeteo continuado en la parte posterior de la cabeza, algo parecido al sonido de un enjambre de insectos que estuviesen frotándose las alas. El imago que llevaba metido en la carne del brazo izquierdo se retorció.

El glifo se estremeció y después comenzó a alejarse flotando con lentitud hasta desaparecer detrás de las ruinas de la biblioteca de la ciudad. Landerson apoyó las manos en el suelo en cuanto quedó fuera de la vista y tuvo varias arcadas, aunque no llegó a vomitar sobre la hierba quemada. Cuando cerró los ojos siguió viendo los destellos sin sentido restallando contra los párpados bajados.

Se puso en pie tambaleándose, afectado por una tremenda sensación de aturdimiento, y se dejó caer sobre una barandilla torcida para buscar apoyo.

—¡Voi shet! —gritó una voz cruel.

Sacudió la cabeza e intentó ponerse completamente en pie. Le llegó el sonido de unas botas que hacían crujir el polvo de ladrillo mientras se acercaban a él.

—¡Voi shet! ¡Ecchr Anark setriketan!

Landerson alzó ambas manos con gesto suplicante.

—¡Autorizado! ¡Autorizado, magir!

Los tres excubidores lo rodearon. Medían unos dos metros de alto y llevaban puestas unas botas de pasadores gruesos y unos largos abrigos con armadura de malla. Lo apuntaban con sus adornadas carabinas láser de cerrojo.

—¡Estoy autorizado, magir! —gimoteó mientras intentaba mostrarles su imago.

Uno de ellos lo derribó de una bofetada.

—¿Shet atraga ydereta haspa? ¿Voi leng haspa?

—No..., no hablo su...

Se oyó un chasquido metálico y el chirrido de un comunicador de voz. Uno de ellos habló de nuevo, pero su áspera voz quedó ahogada por un eco mecánico rechinante.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy autorizado a caminar a la luz del día, magir —contestó Landerson.

—¡Mírame!

La voz amenazante quedó ahogada de nuevo por el sonido generado por el artefacto implantado.

Landerson alzó la vista. El excubitor que se inclinó hacia él tenía el mismo aspecto infernal que cualquiera de ellos. Sólo se podía ver la parte superior de la cabeza, con la piel pálida, arrugada y sin pelo alguno. De la parte posterior de la calva rugosa salía un manojo de tubos y cables metálicos que acababan conectados a la mochila de soporte vital que llevaba a la espalda, que humeaba y soltaba un sonido jadeante. Tres cicatrices quirúrgicas enormes le cruzaban la cara, dos de ellas sobre cada una de las cuencas de los ojos, donde habían cosido unos implantes oculares, y la tercera directamente sobre el puente de la nariz, a la que le habían quitado toda la carne. Un gran collar de bronce se alzaba sobre la parte inferior de la cara y por suerte tapaba la boca y la mayor parte de la zona nasal del excubitor. En la parte frontal del ancho collar iba montada la rejilla de un comunicador, que el excubitor había cambiado a modo «traducción».

—Os..., os miro y quedo bendecido por vuestra belleza —dijo un Landerson jadeante, con toda la claridad que pudo.

—¿Nombre? —le soltó aquella criatura.

—Landerson, Gerome, autorizado de día, por..., por la voluntad del Anarca.

—¿Lugar de trabajo?

—El Iconoclave, magir.

—¿Trabajar en la Casa de Rotura?

—Sí, magir.

—¡Muéstrame tu autorización!

Landerson alzó el brazo izquierdo y se levantó la manga del mono de trabajo desgarrado que llevaba puesto, lo que dejó al descubierto el imago en su ampolla llena de pus transparente.

—¡Eletraa kyh drowk! —dijo el excubitor a uno de sus compañeros.

—Chee ata drowk —respondió éste.

El centinela sacó un largo instrumento metálico del cinturón, de un tamaño y forma parecidos a un maticandela, y colocó el extremo sobre el imago de Landerson. Éste soltó un jadeo al notar que la criatura se retorció dentro de su brazo. Varias runas pequeñas se encendieron en el mango del artefacto. El excubitor apartó el instrumento.

El tercer excubitor agarró a Landerson por la cabeza y se la giró con brusquedad para verle mejor el estigma que tenía en la mejilla izquierda.

—Fehet gahesh —dijo antes de soltarlo.

—Vete a casa, autorizado —le dijo el primer excubitor. El eco de las palabras alienígenas resonó detrás de la frase de la máquina traductora—. Vete a casa y que no te pillemos otra vez.

—S..., sí, magir. Ahora mismo.

—Si no, nos divertiremos contigo. Nosotros o los lobos metálicos.

—Lo entiendo, magir. Gracias.

El excubitor dio un paso atrás y se llevó una mano a la rejilla del comunicador. Sus compañeros hicieron lo mismo.

—Servimos a la palabra del Anarca, cuyas palabras ahogan a todas las demás.

Landerson se tapó con rapidez la boca.

—Cuyas palabras ahogan a todas las demás —repitió de forma inmediata.

Los excubidores se quedaron mirándolo durante unos momentos más y luego se echaron al hombro los enormes rifles láser de cerrojo antes de alejarse hacia la derruida plaza.

Pasó bastante tiempo antes de que Landerson se recuperara lo bastante como para ser capaz de ponerse en pie.

Casi había oscurecido del todo cuando llegó al molino abandonado, en las afueras de la localidad. El cielo estaba iluminado por llamas: las ardientes masas de las lejanas ciudades colmenas y el brillo más cercano de los hornos de ahenum que proporcionaban energía a las nuevas industrias del lugar. En la amplia carretera que discurría bajo el molino se veían hileras de antorchas y resonaba el batir de los tambores: era otra procesión de prosélitos que los ordinales llevaban a los altares.

Landerson dio un par de golpes en la puerta de madera.

—¿Cómo está Gereon? —preguntó una voz desde dentro.

—Gereon vive —contestó Landerson.

—A pesar de sus esfuerzos —respondió la voz.

La puerta se abrió pero tan sólo dejó al descubierto la oscuridad del interior. Landerson metió un poco la cabeza.

Un momento después, notó el cañón de una pistola automática contra la nuca.

—Llegas tarde.

—He tenido problemas.

—Será mejor que no te hayan seguido.

—No lo han hecho, señor.

—Entra despacio.

Landerson se adentró en la oscuridad. Una luz le dio de lleno en la cara.

—¡Registradlo! —ordenó una voz mientras la puerta se cerraba a su espalda.

Unas manos lo agarraron y lo hicieron avanzar. La parte ancha de un auspex zumbó mientras se la pasaban arriba y abajo por todo el cuerpo.

—Está limpio —dijo alguien.

Las manos lo soltaron. Landerson entrecerró los ojos para ver mejor bajo la luz y distinguió con mayor claridad los alrededores. Estaba en un sótano húmedo del molino, rodeado de siluetas que dirigían las linternas hacia él.

El coronel Ballerat apareció a su lado y enfundó la pistola.

—Landerson —dijo a modo de saludo.

—Me alegro de verlo, señor —contestó Landerson.

Ballerat se le acercó y lo abrazó. Lo hizo con un solo brazo. Ballerat había perdido el brazo izquierdo y la pierna del mismo lado en una de las fundiciones. Tenía una pierna artificial bastante primitiva que le permitía andar, pero del brazo izquierdo no quedaba más que un pequeño muñón.

—Me alivia ver que recibió el mensaje —le dijo Ballerat con una sonrisa—. Empezaba a preocuparme de que no hubiera sido así.

—Lo recibí sin problemas —le aclaró Landerson—. Lo dejaron caer en mi comida. Pero me costó poder marcharme. ¿Será esta noche, señor?

Ballerat asintió.

—Sí, así es. Ya están en el planeta, sin duda alguna. Tenemos que ponernos en contacto con ellos para pasar a la siguiente fase.

Landerson asintió a su vez.

—¿Cuántos, señor?

—¿Cuántos qué? —le preguntó Ballerat.

—Me refiero a cuántos son..., señor. ¿Dónde están desplegados? ¿Qué tamaño tiene la fuerza de liberación?

Ballerat se quedó callado un momento.

—No lo sabemos todavía, mayor. Estamos en ello. La clave ahora mismo en ponerse en contacto con su fuerza de reconocimiento avanzada para poder guiarlos.

—Entendido, señor.

—Lo envió a usted, a Lefivre y a Purchason.

—Los conozco a los dos. Servimos juntos en la Fuerza de Defensa Planetaria.

Ballerat sonrió.

—Eso pensaba. Todos conocen bien la zona. El punto de encuentro está en el complejo agrícola del cruce de caminos de Shedowtonland. El código de contacto es «Tanith Magna».

Landerson repitió las palabras.

—Señor, ¿qué quiere decir eso?

Ballerat se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Debe ser algún tipo de código de la Guardia Imperial. Ahí vienen.

Lefivre y Purchason se acercaban a ellos. Ambos iban vestidos con restos harapientos del uniforme de combate de la Fuerza de Defensa Planetaria. Lefivre era un individuo de baja estatura, cabellos rubios y barba rala. Purchason era más alto y delgado, con el cabello oscuro. Los dos estrecharon la mano a Landerson. Iban armados con rifles automáticos con silenciador incorporado.

Otro miembro de la resistencia se acercó a la carrera con ropa, equipo y armas para Landerson. El recién llegado se agachó para empezar a ponérselo todo.

—Eso puede esperar —dijo Ballerat—. Antes tenemos que despojarte.

Landerson se limitó a asentir y se puso en pie. Ballerat lo condujo hasta una estancia adyacente que apestaba a ganado, a chyme y a estiércol. El aire era cálido y estaba cargado. Landerson oyó en la semioscuridad a un grox bufar y soltar un pedo.

—¿Preparado? —le preguntó Ballerat.

—Sí, señor. Me gustaría acabar cuanto antes —le contestó Landerson mientras se arremangaba el brazo izquierdo de la camisa.

Aparecieron unos cuantos individuos más y lo sujetaron con fuerza por los hombros. Uno de ellos le ofreció una botella de amasec y Landerson tomó un largo trago.

—Bien hecho —le dijo el individuo—. Ayuda a soportar el dolor. Toma esto y muerde. Te hará falta.

Landerson mordió con fuerza el cinturón de cuero que le habían puesto en la boca.

La cirujana era una vieja señora procedente de los habitáculos. Sonrió a Landerson, que estaba inmovilizado por cuatro hombres, y vertió un chorro de amasec sobre el imago.

Landerson sintió como se retorció.

—No les gusta nada —murmuró la mujer—. Los atonta y los adormila. Es más fácil sacarlos. Prepárate, joven.

Sacó un bisturí y le cortó con rapidez la ampolla hinchada que tenía en el brazo. Se abrió con un chasquido carnoso y soltó un chorro de fluido viscoso. Landerson mordió con más fuerza el cinturón. Ya empezaba a dolerle. La criatura negra y enroscada dentro de la carne del antebrazo que había quedado expuesta se estremeció y se pegó más al interior de la cavidad rojiza. Intentó no mirarla, pero no pudo evitarlo.

La cirujana la atrapó con unas pinzas largas y empezó a tirar.

Casi toda la criatura negra salió con el primer tirón, pero la larga cola, acabada en una púa oscura y afilada como una hoja de afeitar, se resistió. La mujer tiró con más fuerza y Landerson apretó los dientes con furia cuando notó cómo su carne cedía, desgarrándose. La criatura comenzó a agitarse y a retorcerse entre los dientes de la pinza. Landerson sintió un dolor agónico, como si le estuvieran sacando por una arteria un hilo de pescar con el anzuelo lleno de puntas.

La cirujana echó más alcohol sobre la herida y tiró con fuerza de nuevo. Los dientes de Landerson atravesaron el cuero del cinturón. La criatura salió por fin de la herida retorciéndose entre las pinzas.

—¡Ahora! —gritó la mujer.

Uno de los hombres de Ballerat ya había abierto el muslo de uno de los groxes que había en el lugar. La anciana metió a aquella especie de gusano serpenteante dentro de la herida y la cerró con un trozo de gasa anestésica y de venda.

Mantuvo aquello bien apretado con fuerza, como si se estuviese esforzando por impedir que algo saliese de debajo de la venda.

—Bien —dijo tras unos momentos—. Parece que se ha agarrado.

Todo el mundo se quedó en silencio durante unos cuantos minutos, a la espera de oír el sonido de las alarmas de los excubidores o algo incluso peor. Landerson se dio cuenta de que estaba temblando mucho. La anciana le indicó con un gesto a uno de los hombres de Ballerat que mantuviese firme la venda contra la pata del animal y se acercó a Landerson para curarle la herida.

La limpió con cuidado, la cosió y la vendó. Luego le puso una inyección de analgésicos y de antisépticos.

Landerson comenzó a sentirse mejor, aunque lo preocupó notar una sensación de ausencia. Había pasado todos aquellos meses deseando librarse de aquel bicho asqueroso que se movía bajo la piel del brazo y, de repente, parecía que su cuerpo echase de menos al imago.

—¿Se siente mejor? —le preguntó Ballerat saliendo de entre las sombras.

—Sí, señor —le mintió Landerson.

—Me gustaría poder darle más tiempo para que se recuperara del todo, pero no lo tenemos. ¿Preparado para ponerse en marcha?

Landerson asintió. Ballerat le mostró un mapa arrugado y dibujado a mano.

—Mírelo bien y memorícelo, porque no podrá llevárselo. Ésta es la mejor ruta según mi punto de vista. Éstos son los horarios y las localizaciones de las patrullas que conocemos.

Landerson lo estudió con toda atención y apartó la mirada de vez en cuando para comprobar que lo recordaba todo con precisión. Ballerat le entregó un sobre. Landerson echó un vistazo al interior.

—¿Para qué es esto? —le preguntó.

—Nunca se sabe —le contestó el coronel.

Landerson se metió el sobre en un bolsillo.

—Bien —siguió diciendo Ballerat después de indicar con un gesto a Lefivre y a Purchason que ya podían acercarse—. La hora de encuentro es a las veintitrés quince. Entérense de qué necesitan de nosotros y hagan todo lo posible por proporcionárselo. Contacten con nosotros por medio de los canales habituales. Montaremos un ataque de diversión unos cuarenta minutos antes de la hora de encuentro para desviar la atención de esa zona. ¿Alguna pregunta?

Los tres negaron con la cabeza.

Ballerat no podía hacer por completo el signo del águila, pero se colocó la mano derecha sobre el corazón como si lo estuviese haciendo.

—Buena suerte y, por el bien de Gereon, que el Emperador los proteja.

La noche era fría y húmeda. A Landerson casi se le había olvidado la sensación de estar en campo abierto y en la oscuridad. Avanzaron con rapidez por las afueras de Ciudad Ineuron, en la zona occidental, y después cruzaron el viejo parque monumental llamado el Deambulatorio. Las luces de la ciudad quedaron a su espalda y por un momento oyeron unos cuernos lejanos acompañados del batir de tambores.

La parte más feroz y sangrienta de la batalla por Ciudad Ineuron se libró alrededor de los edificios del Deambulatorio. El amplio lugar, cubierto de maleza, estaba repleto de restos mecánicos y patéticos montones de huesos humanos. Ninguno de los tres hizo ruido alguno. Ballerat no los había escogido para aquella misión tan sólo por su conocimiento del terreno local: los tres habían pertenecido a la brigada de reconocimiento e infiltración de la Fuerza de Defensa Planetaria.

A mitad del Deambulatorio tuvieron que ponerse a cubierto detrás de un bosquecillo de árboles talix jóvenes cuando pasó una patrulla: dos vehículos semiorugas repletos de reflectores a toda potencia. El que iba en cabeza parecía un trineo de nieve debido a que llevaba una larga hilera de perros de caza encadenados a la parte delantera. Estaban entrenados para detectar el olor de los imagos y de las feromonas humanas. Lo último que Landerson y sus compañeros habían hecho antes de irse del molino era darse una ducha con repelentes de olores corporales.

La patrulla se alejó. Landerson les indicó a los otros dos mediante señas que siguieron avanzando. Utilizó la lengua de signos con fluidez, como si su última misión de reconocimiento hubiese sido el día anterior. Sin embargo, se dio cuenta de que, curiosamente, sentía el brazo izquierdo más ligero. ¿Le habría sacado toda aquella mujer? ¿O todavía quedaba algo de aquella criatura dentro del brazo, a la espera de...?

Landerson se sacó aquella idea de la cabeza. Con que sólo le hubiera quedado un pequeñísimo trozo de imago en el brazo, a esas alturas ya habría una luz espectral encima de cada una de las horcas de la población y los lobos metálicos ya se estarían reuniendo.

Salieron del Deambulatorio y cruzaron las ruinas silenciosas de los habitáculos que bajaban por las laderas de Mexley Hill. Era un distrito agrícola de las afueras que marcaba el punto donde la industria pesada de las conurbaciones daba paso a las tierras de labrantío de las zonas rurales de la ciudad. Detrás de los habitáculos se extendían los campos de cultivo por encima de las colinas hasta llegar al valle que se abría más allá. Landerson olió los silos llenos de grano, las plantas podridas y el aroma inconfundible de la variante planetaria del trigo. Sin embargo, no se había recogido la cosecha y las plantas hacía tiempo que habían madurado, por lo que el olor era demasiado fuerte, casi desagradable, con un punto repugnante de fermentación.

Purchason se paró en seco e hizo una señal de aviso. El trío se deslizó hasta ponerse a cubierto detrás del murete del patio de la parte posterior de uno de los habitáculos.

A unos treinta metros de distancia había un glifo, detenido casi por completo sobre el camino.

El glifo era más terrorífico en la oscuridad, aún más que el que Landerson había visto de día. Parecía retorcerse y los símbolos ardientes se enroscaban como serpientes. Formaban una runa impía que se transformaba en otra a los pocos instantes. Todo relucía en la negrura de la noche como si estuviera escrito con fuego líquido. Landerson oyó cómo restallaba con un

sonido parecido al de un fuego de campamento y volvió a notar el nauseabundo y enfermizo ruido parecido al zumbar de un enjambre de insectos. Sin embargo, esa vez logró desviar la mirada a tiempo.

De repente, se dio cuenta de que Lefivre estaba a su lado y temblaba de forma violenta. Se giró por completo y vio que su compañero tenía la mirada fija en el infernal glifo. Unos enormes lagrimones le caían de los ojos, que se negaban a cerrarse. Landerson alargó una mano con rapidez y se apoderó del arma de Lefivre momentos antes de que se le cayera de los dedos. Vio a la escasa luz que su camarada movía la mandíbula de forma espasmódica y que la nuez no paraba de bajarle y subirle. Lefivre tenía los labios apretados y blancos por la tensión. Se esforzaba por no gritar, pero era una lucha que estaba a punto de perder.

Landerson le tapó la boca con una mano. Purchason se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y se abalanzó también sobre Lefivre para inmovilizarlo. Landerson sintió que Lefivre abría la boca y que le mordía la mano con fuerza. Tuvo que reprimir un grito cuando los dientes le atravesaron la piel.

El glifo retembló. El zumbido de insectos aumentó de volumen, chirriante, para luego desaparecer. El glifo se alejó flotando hacia el norte siseando por encima de los tejados hechos pedazos de los habitáculos para luego cruzar el parque. Landerson y Purchason mantuvieron inmóvil a Lefivre. Diez segundos más tarde pasaron cinco excubidores a la carrera en dirección a la ciudad. El glifo había descubierto algo y la patrulla iba a ver qué era. Después de algunos minutos, oyeron el estampido seco de los disparos de las carabinas láser.

Sin duda se trataba de algún desgraciado que no tenía autorización y que se había escondido entre la maleza del parque.

Landerson se dio cuenta de que él tampoco tenía ya autorización.

Le quitó la mano de la cara a Lefivre y el suelo de piedra quedó manchado por un pequeño chorro de gotas de sangre. Lefivre se desplomó jadeando como un perro. Se había orinado encima debido al ataque de terror.

—Lo... siento. Lo siento... —logró articular entre jadeos.

—No pasa nada —susurró Landerson.

—Su mano...

—No pasa nada —repitió Landerson.

La mano le dolía a rabiar. Lefivre le había arrancado un buen trozo de la palma. Él olía a sangre, Lefivre a orina y los tres apestaban a sudor a causa de la tensión que se había apoderado de ellos.

Landerson se vendó la mano con el pañuelo que llevaba al cuello y rezó para que no se tropezaran con sabuesos de caza.

Casi eran las veintidós treinta cuando llegaron al cruce de caminos de Shedowtonland. Los arrozales estaban descuidados por completo y sin apenas riego, por lo que habían quedado reducidos a un barro espeso en el que crecían plantíos desatendidos y azotados por las plagas. El aire estaba cargado con el olor a moho y a verdura podrida.

Se oyó un trueno a lo lejos, más allá de la zona de cultivos, en las tierras pantanosas del Impro. Aquella zona malsana se consideraba una región peligrosa antes de la invasión. En esos momentos, parecía segura comparada con las áreas habitadas.

Dieron un amplio rodeo alrededor de los grandes edificios prefabricados del complejo agrícola antes de entrar en ellos con las armas preparadas y los largos tubos silenciadores acoplados a los cañones. Avanzaron en silencio a través de las sombras, entre las unidades tractoras inmovilizadas y las cosechadoras de arrastre guardadas en los garajes. Pasaron al lado de los corrales donde habían sacrificado a los cerdos y los habían dejado allí para que se pudrieran. Interrumpieron más de una vez el festín de los mamíferos carroñeros que se alimentaban de aquellos cadáveres. Eran animales de la fauna local que se habían visto atraídos desde los pantanos por el olor a podredumbre. Las pequeñas criaturas se escondieron en la oscuridad con el rabo entre las piernas.

Lefivre seguía asustado y apuntaba sobresaltado con el arma a cada pequeño animal.

—Tienes que tranquilizarte —le susurró Landerson.

—Lo sé.

—De verdad. Respira profundamente. No puedo permitir que sigas así de nervioso.

—No, mayor. Por supuesto.

Aparte de los carroñeros, había ratas por todas partes. Landerson se imaginó que como en todas partes del Imperio. Las naves estelares de la Sagrada Terra habían propagado muchas cosas por la galaxia: la fe, los colonos, la tecnología, la civilización, pero nada de forma tan extensa o segura como la indomable *Rattus Rattus*. Antes de la invasión había oído chistes sobre que, en realidad, el Imperio lo habían forjado las ratas y que la humanidad tan sólo las acompañaba. En algunos mundos, las ratas importadas por accidente se habían impuesto a todas las demás formas de vida. En otros planetas, se habían cruzado con otras especies y habían creado monstruos.

Los tres completaron el circuito de exploración y no encontraron nada aparte de unas runas repugnantes que alguien había pintado sobre la valla exterior. Era posible que acabaran siendo glifos. Landerson no quiso arriesgarse, así que las salpicó con el agua bendita que llevaba en un frasco y que formaba parte del equipo que le habían entregado.

Purchason lo ayudó en la tarea, pero Lefivre se mantuvo apartado. No quería que su mente lo abandonara de ese modo de nuevo.

Llegaron a los edificios principales. Ya eran las veintidós treinta y siete. En ese preciso instante, como si hubiesen pulsado algún botón de encendido, oyeron un estampido procedente de la ciudad que habían dejado a sus espaldas. El cielo se vio iluminado poco a poco por un brillante resplandor. Momentos después, un zumbido generalizado inundó el aire y vieron numerosos glifos que se dirigían flotando como bolas de fuego valle abajo atraídos por la explosión.

La maniobra de distracción del coronel había comenzado.

—Que el Emperador lo proteja —murmuró Landerson.

Comprobó que la puerta principal estaba abierta, así que entró con el arma por delante mientras Lefivre empujaba la hoja de la puerta. Purchason se quedó a la izquierda cubriéndolo con el rifle.

El pasillo prefabricado estaba a oscuras. El aire del lugar estaba cargado con el olor a fertilizante reseco. Oyó ratas que huían corriendo.

Landerson le indicó por señas a Lefivre que cubriera la puerta y después se adentró con Purchason por el pasillo. Se fueron cubriendo el uno al otro a medida que pasaban por las puertas que se encontraban. El lugar estaba abandonado. Las sillas y las mesas estaban tiradas por el suelo. Los cogitadores agrícolas estaban destrozados y habían destruido las incubadoras de semillas y las estanterías de los viveros.

Vieron una luz tenue un poco más adelante. Avanzaron con cautela haciendo señales entre ellos y con las armas preparadas. La luz procedía de una oficina central. Era una vela solitaria que ardía sobre una mesa de escritorio.

Landerson miró a Purchason, quien sacudió la cabeza con un gesto negativo. Él tampoco tenía ni idea de qué estaba pasando.

Se deslizaron en silencio al interior. La estancia estaba vacía aparte del mobiliario roto y del escritorio con la vela. Las contraventanas estaban cerradas y sólo había una puerta.

—Éste el sitio —dijo Landerson con voz tan alta como se atrevió.

—¿Para qué puñetas es la vela? ¿Es que han llegado ya?

Landerson miró a su alrededor de nuevo.

—No lo sé —susurró Landerson—. Comprueba cómo está Lefivre. Purchason asintió y salió en silencio al pasillo. Landerson se quedó al lado de la mesa con el arma apuntando a la entrada. Pasó un minuto. Dos. Las manos empezaron a sudarle.

Oyó un leve ruido.

—¿Purchason? —dijo en voz baja.

La vela se apagó de repente. Un brazo le inmovilizó el cuerpo y a la vez el arma. Sintió la hoja de un cuchillo en la garganta.

—Dilo ahora mismo y dilo bien —le dijo una voz al oído.

—Ta... Tanith Magna.

Lo soltaron.

Landerson se giró y miró a la oscuridad aterrorizado.

—¿Dónde está? —jadeó.

—Todavía estoy aquí —dijo la voz, de nuevo a su espalda.

Landerson se giró otra vez.

—¿Qué está haciendo? —soltó—. ¡Muéstrese de una vez!

—A su debido tiempo. ¿Cómo te llamas?

La voz estaba una vez más a su espalda. Landerson se quedó helado.

—Mayor Gerome Landerson, de la Fuerza de Defensa Planetaria de Gereon.

Se oyó el chasquido de una cerilla y la vela de la mesa se encendió de nuevo. Landerson se dio la vuelta y apuntó hacia allí con el arma. La vela chisporroteó. No había ninguna señal de quien la había encendido.

—¡Basta ya! —soltó Landerson—. ¿Dónde está?

—Aquí mismo. —Landerson se quedó helado de nuevo al sentir el frío tacto del cañón de un arma en la nuca—. Suelta el arma.

Landerson dejó el rifle con mucho cuidado sobre la mesa.

—¿Cómo entró? —susurró.

—Estaba dentro desde el principio.

—Pero registré esta...

—No lo bastante bien.

—¿Quién eres?

—Me llamo Mkoll. Soy sargento de exploradores del Primero y Único de Tanith.

—¿Podrías quitarme la pistola del cuello?

De repente apareció un individuo a la luz de la vela delante de Landerson. Era un hombre de baja estatura pero fornido e iba envuelto en una capa de camuflaje que parecía fundirse con la oscuridad que lo rodeaba.

—Podría hacerlo —dijo en voz baja—, si fuera mi pistola. ¿Ven? Deja libre a este pobre hombre.

La presión del cañón del arma desapareció. Landerson se giró un poco y vio al segundo individuo. No era más que una sombra al extremo de la luz de la vela. Era más alto que el otro, pero apenas se discernía su silueta.

—Pe... pero ¿qué son? —tartamudeó Landerson—. ¿Fantasmas?

Vio a la luz de la vela que los ojos del individuo llamado Mkoll se entrecerraban y relucían con un brillo especial. Una sonrisa. Aquello fue lo que más nervioso le puso, ya que resultaba evidente que se trataba de un rostro no acostumbrado a sonreír.

—Podría decirse que sí —fue la respuesta de Mkoll.